

RAJA RAO

EN EL GANGES

TRADUCCIÓN DE *Jesús Aguado*



PRE-TEXTOS ÍNDIKA



Impreso en papel FSC® proveniente de bosques bien gestionados y otras fuentes controladas

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar, escanear o hacer copias digitales de algún fragmento de esta obra.

TÍTULO DE LA EDICIÓN ORIGINAL EN LENGUA INGLESA:

On the Ganga Ghat

PUBLICADA POR

Orient Paperbacks 1993

(A Division of Vision Books Pvt. Ltd.)

Primera edición: diciembre de 2012

Director de la colección: Juan Arnau

© de la traducción: Jesús Aguado

© Raja Rao

© de la presente edición:

Pre-Textos, 2012

Luis Santángel, 10 • 46005 Valencia

www.pre-textos.com

Diseño de cubierta: Pre-Textos

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-15576-31-0 • Depósito legal: V-3553-2012

ADVANTIA, S.A. TEL. 91 471 71 00

I

—Palanquín, palanquín, vamos abran paso a su Excelencia, palanquín.

Así deberíamos haber sido recibidos en la estación de Mughal Sarai, sin embargo, fuimos asaltados por vociferantes taxistas de altos turbantes ajustados cuyos vehículos recordaban a duras penas épocas de mayor esplendor.

—Sahib, paisa, dinero —insistían los culis para librarse de nosotros antes de que comenzara el acostumbrado regateo y para no tener que cargar sus pesados fardos demasiado tiempo.

—Sahib, el expreso de Gaya va a llegar dentro de poco.

En ese momento dos chuchos, con las orejas tiesas y los hocicos fruncidos, se incorporaron a la escena para ver si también ellos podían sacar algo en limpio de esos nuevos clientes. Uno de ellos, con largas greñas colgantes, intentaba apartar al otro, un macho en los huesos, por si hubiera la más mínima posibilidad de pillar algo.

“Hasta los perros son venerables en Benarés”, dijo el gran Sri Sankara, y quién podría asegurar quiénes fueron estos perros en otras vidas, qué almas antiguas se reencarnaron en ellos para alcanzar la salvación definitiva a orillas del Ganges.

Los bueyes de un carro cercano se abanicaban con sus orejas y se preguntaban, mientras continuaba el regateo, si ellos también estarían incluidos en esa salvación definitiva. En Benarés todo —los carros de bueyes, los harapos, los excrementos humanos en forma de cono o aplastados, el heno

al borde del camino, las copas de los árboles, las cenizas de carbón vegetal, las bocinas de los autobuses abandonados, los mendigos, los feos nombres, quizás de políticos, sobre las paredes desconchadas—, todo, absolutamente todo se beneficia de sus actos, ya que en este lugar ningún acto tiene consecuencias. Un acto puede tener causa y efecto. Pero en Benarés nada parece provenir de una causa, por lo que nada parece tener efectos. Ningún acto hace surgir otro. Y ésa es la eternidad a la que se refiere la curva del río.

Pero la noche, ese manto inmemorial con el que se cubre la tierra para entregarse a sus reflexiones, también estaba pendiente de este regateo. En el silencio de los árboles uno o dos monos despertaron, bostezaron sonoramente y volvieron a dormirse. Este sonoro bostezo hizo chillar a los murciélagos colgados, que recordaron el Correo de Calcuta, el cual podían reconocer porque lanzaba a diario su estridente silbido diesel y por el ronco acento de los viajeros punjabíes o el melodioso de los bengalíes, algo que a su vez les hizo recordar que el regateo continuaría. Había toda una noche por delante para las ofertas y las contraofertas y sólo al amanecer podrían regresar al dulce sueño. Estos regateadores de medianoche llegan en el Correo de Calcuta, lo que significa que son ricos. (Hasta los monos se han enterado ya de la existencia de los vagones con aire acondicionado.) Y como saben hasta los chuchos y los bueyes, e incluso, con toda probabilidad, los motores de reacciones condicionadas matemáticamente, donde hay ricos hay siempre peleas.

—Quince rupias a Benarés, sahib, y fíjese en mi taxi recién estrenado.

Paul, que era a quien el conductor se había dirigido, observó con desánimo la abollada carrocería y las ruedas semidesinfladas del noble vehículo que nos estaban ofreciendo.

—Catorce rupias y ocho annas, señor —dijo el joven conductor sij que chapurreaba el inglés—. Ustedes quieren ir al hotel Metropolitan.

—Vete tú allí —dijo un colega mayor de rostro redondo y turbante en la cabeza—. Éstos van a la universidad. Con los estudios que tienes, ¿cómo es que no te has dado cuenta de que son estudiantes?

—Cierra el pico, viejo. Mi tío se fue a Canadá y ya llevaba veinte años allí cuando tú naciste. Sé lo que son los libros. He estudiado hasta la selectividad.

—Sí, sí, puede que hayas estudiado hasta la selectividad —replicó el otro—, sin embargo conduces ese taxi destartado, uno de esos coches nuevos que se rompen después de dar dos giros al volante. Mire, señor, mire este modelo antiguo. Con frecuencia lo contratan para cortejos matrimoniales. Y los estudiantes como vosotros, tan cargados de libros y equipaje, siempre me prefieren a mí.

—Por supuesto, por supuesto. Tu coche está hecho todo un palanquín nupcial —dijo el joven cuyo tío se había ido a Canadá, réplica que acabó por decidírnos.

—Paul —dije—, tomemos este palanquín.

Paul se rió. El viejo Ford de 1939 era calcado a una gran carreta tirada por bueyes. Por ser un coche más grande, es decir, más antiguo, sus laterales estaban aún más abollados que los de los modelos indios más nuevos que habían sido fabricados, como quien dice, hacía apenas dos días.

—Ni se les ocurra montarse en ese palanquín, señor —dijo el joven en inglés en un tono algo agresivo—. El viejo ni siquiera tiene carnet de conductor.

—Tomaremos este palanquín —repetí, y los culis, a los que pedimos que pusieran nuestro equipaje en el coche, se mostraron contentos. A éstos les gustaba mucho Moti Ram, el conductor.

—Es un buen hombre, señor —aseguraron mientras ataban unos bultos en la baca y metían otros en el maletero—. Tiene muchos hijos. Y toca muy bien el tambor. Deberían escucharle cuando llega Holi.

—El tambor es lo que tocan sus hijos cuando se golpean el estómago de hambre. Pobres críos —terció, cansado, el joven que tenía parientes en Canadá antes de darse la vuelta para buscar nuevos clientes. En esta ocasión le tocaron punjabies, lo que le permitiría usar su propia lengua. Se trataba de un niño encantador con sus padres. Ellos seguro que no regatearían. “Cinco rupias”, dijo el viajero, y poco después se pusieron de acuerdo en ocho, subieron al coche y se fueron antes de que el nuestro, con un majestuoso resoplido, hiciera su primer movimiento.

—¿Cuánto nos costará ir en tu palanquín? —pregunté sonriendo.

—Oh, el sahib ha viajado mucho, se ve claramente. Y el otro sahib es europeo. Ustedes sabrán lo que tienen que pagar a un pobre hombre como yo.

Recordando el amistoso consejo que un indio nos había dado antes en el tren, Paul dijo:

—Asegúrate, Raja, de cuánto quiere.

Me gustaba nuestro palanquín y su propietario. Pensaba que la noche ya había sido testigo de demasiados regateos. Todavía se veía una multitud en los andenes, donde el Correo de Calcuta continuaba cargando sus depósitos de agua. Los vendedores ambulantes se afanaban, y había algo irreal en la visión del alto paso elevado, del tren iluminado y de ese gentío que seguía despierto en plena noche. El mundo es de hecho una ciudad que se mira en el espejo y al revés.

Era raro, pero los culis no regateaban. Se limitaban a cobrar su tarifa y una modesta propina y luego regresaban, con sus rojos turbantes enrollados, al sueño del que proveñían. El tren era, de hecho, el sueño que atravesaba sus noches. Las múltiples lenguas —desde la gutural de los tamiles, hasta la nasal de los bengalíes—, aspectos y colores de los peregrinos eran demasiado abigarrados para parecer reales. Los culis de Mughal Sarai deben encontrarse entre los hom-

bres más sabios del mundo. Ven más clases de personas que en ninguna otra estación del planeta. Quinientos millones de hindúes son clientes suyos, y no sólo eso: vida tras vida, sus antepasados han ido peregrinando a esta misma Benarés creando un vínculo entre ellos. ¿Cuál es la razón de que uno nazca cerca de Mughal Sarai y se convierta en culi? ¿En qué vida pasada se sembró el deseo de servir a los peregrinos que se dirigen al Ganges? Eso es algo que solamente lo sabe la Madre Ganges.

—Te digo, hermano, que si la Madre Ganges no lo hubiera decidido así ni Sita Ram ni Bhaiya Ram estarían acarreando equipajes en los andenes de la estación de Mughal Sarai. Transportamos ropa de cama, jarras de agua, cestas de comida, abanicos, bastones, cunas, cacharros, vasos de plata, cocos y oro sobre nuestros hombros; algunas veces incluso cargamos con las cenizas de los muertos que los deudos traen en cestas tapadas con una tela roja, con el ajuar de los recién casados, con las últimas posesiones de quienes acuden a morir al Ganges, esos ancianos que saben que ha llegado el momento de donar su aliento postrero a la Madre Ganges. Éste es nuestro trabajo. Y nos sentimos orgullosos de él. Nuestros padres también lo hicieron. Algunos afirman que nuestros antepasados fueron thugs que adoraban a Bhavani y que, en ocasiones, estrangulaban a los viajeros para complacer a la diosa. Otros dicen que, antes de que existiesen las vías, éramos los portadores de los palanquines de los ricos. Siempre hemos estado relacionados con los viajeros. Hermano, nuestro trabajo consiste en servir a los peregrinos. El gran Dios que tiene su sede en la otra orilla del Ganges es el único que sabe lo que somos y adónde vamos. Oh, ese hijo de un mulo, el expreso de Punjab, todavía está ahí. ¡Corramos! —exclaman mientras se apresuran por las escaleras.

La vida es tan misteriosa... ¿Por qué tú, culi que llevas un número cualquiera (el 87, el 54 o el 49) cosido en tu ca-

misa, eres el encargado de cargar con nuestro equipaje? ¿Por qué no le ha tocado al que lleva el 55, el 31 o el 48? ¿Qué rara conjunción de estrellas y planetas (quizás Júpiter con Mercurio o Saturno con la Luna) ha intervenido para que Bhaiya Ram, Bhagat Ram o Durga Das, culis de Mughal Sarai, se ocupen una vez de nuestro equipaje y nunca más volvamos a cruzarnos con ellos? ¿Cómo es posible? Y tampoco veremos de nuevo ni Paul ni yo a los monos que despertamos con nuestro regateo, ni a los murciélagos que se sobresaltaron con éstos, ni a los dos chuchos, ni siquiera a estos dos chuchos. Sólo el Ganges fluye, esta Madre Ganges que se lleva nuestros recuerdos. ¿Quién podría, Señor, quién podría si no transportar el recuerdo de los millones y millones que han existido desde el origen, y adónde irán todos estos encuentros de perros y hombres, esas conexiones entre murciélagos y viajeros, los pequeños negocios entre culis y peregrinos? ¿Por qué estaba Paul aquí, enviado hasta mí desde Chapel Hill, Carolina del Norte, por mi amigo Bert como regalo de licenciatura? ¿Y qué pasa conmigo? ¿Y quién, de hecho, era este Moti Ram que conducía a través de la salvaje oscuridad de la noche? ¿Adónde nos llevaba? ¿Tenía carnet de conducir? ¿Conocía el camino a la facultad de Raj Ghat? El silencio es siempre sabio en la India. Un poco más allá, a la orilla del Ganges, algo brilla. La oscuridad poco a poco va cediendo el sitio a una luminosidad ultramundana. Hombre, ¿sabes lo que sabrías si sólo supieras que sabes? Y la Madre Parvathi se ocupa de todo esto.

*Anna Purné Sada Purné
Shankar Prana Vallabhé...
Bhikshandéhicha Parvathi.*

Oh repleta de néctar y rebosante de plenitud,
amada y creada por el propio Shankara,
oh Parvathi, dame una limosna.

Sí, Parvathi es la única que da. Es gracias a Ella como podemos conocerlo a Él. ¿Cómo podríamos saber que sabemos si las puertas de la oscuridad permanecieran cerradas? Es Ella la que abre. Ella la que escucha tus llantos, hijo. Ella sabe por qué lloras, mujer sin hijos. Ella sabe que has perdido a tu hijo, anciano. De hecho, Ella es la escucha misma. Y cuando escuchar es escuchar lo que nadie escucha, entonces eso es Él.

Moti Ram, nuestro conductor, es verdad que llevaba un palanquín. Su coche hacía toda clase de ruidos según nos deslizábamos de uno a otro lado del asiento y avanzábamos a trompicones, sobresaltándonos en ocasiones por el destello que lanzaban los ojos de los bueyes que tiraban de carros en sentido contrario. Pero entonces de nuevo la noche volvía a envolverlo todo con su silencio. Sólo una vez fue roto de nuevo cuando nos cruzamos con una carreta tirada por un caballo, que estaba siendo fustigado sin cesar, y en la cual había un ruidoso grupo de viajeros que tenía que llegar a tomar el expreso de Gaya. Gaya es el lugar donde Buda alcanzó la iluminación. Kanthaka, el caballo de éste, sólo por el hecho de haber sido el caballo que había cabalgado para llegar a donde lograría la iluminación, alcanzó la vida que hay después de la vida.

—Moti Ram —dije—, ¿cuántos hijos tienes?

—Tres, señor —me contestó, como siempre, con grandes muestras de respeto—. Tenía cuatro, pero uno murió.

—¿De qué murió, Moti Ram?

—Murió de muerte, señor, no tiene otra explicación. Una mañana, cuando nos despertamos, ya había muerto.

—¿Piensas que murió a causa de un maleficio que le echaron?

—¿Quién hubiera querido hacerle eso a un muchacho bueno y serio? Se dedicaba a llevar leña desde la tienda hasta

el crematorio que hay a orillas del Ganges. Había presenciado la muerte de demasiadas almas.

—Pero tiene que haber muerto de algo...

—Sí, señor, todos tenemos que morir de algo. Pero ¿importa averiguarlo? Su tiempo se había cumplido y por eso tuvo que marcharse.

—¿A qué se dedican los otros tres?

—Uno trabaja en una escuela de enseñanza primaria. Es peón en ella. En ocasiones se encarga de llevar cartas a la facultad de Raj Ghat donde se dirigen ustedes. Una vez incluso vio al gran Mahatma, a Krishnamurti, señor. Es probable que sepan ustedes quién es el Mahatma.

—Sí, Moti Ram, me he encontrado con él un par veces. Pero no he estado en Raj Ghat desde hace mucho tiempo, quizás desde hace más de quince años.

—Oh, sí, señor —murmuró Moti Ram para sí como si hubiera cometido una grave falta de comportamiento, y volvió a quedarse callado.

El silencio, de repente, giraba sólido a nuestro alrededor, como si la tierra no fuera más que una pequeña montaña en la palma de Shiva. La tierra gira en el puro silencio de *akasha*, el espacio esencial. El hombre también gira en él y sus palabras se convierten en silencio. Al igual que el Ganges disuelve todos los actos de los hombres, de la misma manera el silencio disuelve todos los del lenguaje. El hombre nunca es más un peregrino que cuando el silencio lo transporta de la oscuridad a la luz. La Madre Ganges se curva como una luna, como una luna en cuarto creciente, a su paso por Benarés. Contemplamos su calma a través de la hilera de luces, una hilera entre la cual la noche despierta parece hacer más profunda la verdad del río. De vez en cuando una delgada lengua de fuego flamea ante nosotros: un cadáver que se está convirtiendo lentamente en cenizas y que pronto acabará disolviéndose en el Ganges. Una pira, y otra pira

más, cada vez más de ellas a medida que nos aproximamos al río. Las llamas, que son ahora la única actividad nocturna del universo visible, parecen estar tan vivas... La hilera de luces da la impresión de reflejarse en la otra orilla. ¿Quiénes son éstos, uno, dos o tres, que han muerto, un banquero, una virgen, una agente de policía o un maharajá? Y los yogis deben cuidar de estas piras cuando abren los ojos después de sus periodos de meditación nocturna. La pira hace que el muerto esté vivo. Quien ha visto cómo arde un cuerpo sabe que él nunca morirá.

El puente de Dalhousie retumbaba como una carcajada mientras lo cruzaba un cortejo fúnebre. Cada una de sus vigas crujía rompiendo alegre, cada vez más alegre, su silencio. El puente de Dalhousie no se estaba riendo de nadie, sino de las inmensidades puestas en contacto por él, y de una carga que nunca le pesaba demasiado. Y también él, después de haber servido a millones de peregrinos, y a pesar de que su acero proviene de Cumberland o Glasgow, algún día quedaría destruido por guerras o inundaciones y sería arrastrado por el Ganges. Hay esperanza para todos los seres de la tierra, ya sean hombres, animales o mineral de hierro.

No había ojos para los palacios, los templos o los minaretes de las mezquitas, sólo para la curva del Ganges. ¿Era Benarés una ciudad o un alegato en sánscrito? ¿Es que no vivían en ella un millón de personas? ¿Es que no había en ella colegios, universidades, juzgados, un ayuntamiento, los palacios de los ricos? ¿Dónde estaban todos los edificios? Desde el río no podía verse nada excepto el río al torcer su curso, curvándose en su legendaria luna creciente, grupos de personas congregadas bajo pequeños focos luminosos y luego las estrellas. El silencio asustaba. El Ford, una vez que terminamos de cruzar el puente, giró bruscamente hacia la derecha y nos adentramos con cautela en los nuevos suburbios de la ciudad. Muros de yeso, adobe o ladrillo, te-

chos de paja o madera: por ninguna parte se veía un alma. Cuando cruzamos unas vías vimos la única cosa despierta, una luz roja, y luego nos adentramos de nuevo en la oscuridad. Lo real y lo irreal están tan entretnejidos en Benarés que es frecuente que uno los confunda. ¿Existía una facultad llamada Raj Ghat? ¿Sabía Moti Ram llegar a ella? ¿Cómo podíamos confiar en un hombre como él, que portaba un turbante de aldeano, tenía una prominente barriga y lucía pulseras de plata? ¿Tenía o no carnet de conducir? ¿Tenía él también un antepasado thug?

A través de curvas mal trazadas, carreteras sin fin que de pronto se abrían a otras carreteras más anchas y estrechas pendientes, de repente llegamos ante una puerta. Moti Ram detuvo el coche. Una perra comenzó a ladrar. Moti Ram bajó, abrió la puerta y la perra ladró más fuerte. ¿Quién se aventuraba en esa oscura noche? ¿Qué hombre se atrevía, a la orilla del Ganges, a rasgar esa oscuridad mortal? La perra era como el perro de Yama, que nunca deja de aullar. Después de muchos recodos y resoplidos llegamos a otra puerta. No se veían apenas casas o cabañas. Sólo árboles por todos lados. Cada tronco parecía un emisario del terror de Bhavani. Alguien gritó en la noche:

—¿Quién anda ahí?

—Invitados suyos, Jagat Ram. Yo soy Moti Ram, el taxista. El padre de Sachit Ram.

—¿Invitados? ¿Qué invitados?

Comenzaba el diálogo.

—¿Cómo puedo saberlo? ¿Cómo puedo saber su nombre o su nacionalidad? Son sahibs, eso es cuanto sé.

—¿Cómo iba a abrirles la puerta —dijo la voz mientras encendía una de las luces del jardín—, sin saber sus nombres?

—Soy Raja Rao —me presenté.

—¡El sahib Raja Rao! —gritó Moti Ram como si estuviera anunciando a un rey.

—¡No conozco a ningún Raja Rao! —gritó a su vez la voz.

—Son personas importantes —afirmó rotundo Moti Ram—. Gente muy importante que viene de lejanos países. También hay un sahib.

—¿Qué sahib? —aulló lentamente Jagat Ram mientras se dirigía hacia nosotros. Su perra, que quería seguir participando de la conversación, continuaba ladrando—. ¿Pero ¿quiénes son?

El sabía que, en cualquier caso, no éramos lo que se suponía que éramos.

—Escribí al director. Envié un telegrama. Me están esperando —dije mientras salía del coche. Estaba cansado y me daba la impresión de que ese diálogo no iba a terminar nunca. Los ladridos de la perra arreciaron. Estaba claro que no éramos bienvenidos.

—Oh —exclamó Jagat Ram mientras me escudriñaba de arriba abajo—. Oh, usted debe ser el invitado del que estaba hablando el secretario de la facultad. Se sabía que alguien iba a venir, pero nadie estaba al tanto ni de su nombre ni de su dirección. ¿Qué culpa tengo yo? Ellos dijeron, el secretario dijo “Puede que alguien venga esta noche. Es posible que venga acompañado de un sahib”, eso me aseguraron. Pero también podían haberse presentado los enviados del dios Yama. ¿No tengo, por eso, que tomar mis precauciones? De todas maneras, aquí está usted, así que entre. —Y abrió la puerta de par en par.

Desde ese momento Jagat Ram no volvió a decir ni una palabra. Nos condujo a la habitación de invitados, que era de escasas dimensiones, tenía las paredes pintadas de blanco, dos camas, una mesa sucia y un cuarto de baño que nos mostró con orgullo. Sí, teníamos un cuarto de baño privado de estilo occidental. La perra se mantuvo fuera observando a los recién llegados. De vez en cuando, y sin previo aviso,

movía la cola y aullaba. No estaba contenta de que su dueño se mostrara tan confiado y parecía querer advertirle: “Tenga cuidado, amo, nunca se sabe”.

Mientras tanto Jagat Ram nos dio sábanas y mosquiteras y almohadas. Moti Ram nos trajo el equipaje. Luego se quedó quieto en el porche como si hubiera realizado un trabajo sagrado. Y ése fue el final de la historia.

—¿No me dijo usted algo acerca de unos tambores? —le pregunté.

—Para el que toca el tambor la noche es como un tambor. Puede escuchar el tamborileo. Usted sabe que el Señor Shiva tiene un tambor en la mano. Como recordará, Él danza en los crematorios. Golpear un instrumento de piel con las manos que Dios nos ha dado es muy fácil. Pero golpear el tambor del que el silencio de Shiva extraerá sonidos eso es un don que le otorga a uno la Madre Parvathi. Sólo bate el tambor de la verdad el que sabe que no está aquí.

—¡Qué maravilla! —exclamé pretendiendo que me disculpara por mi completa falta de tacto—. ¿Hay algún lugar donde podría acudir a escucharle tocar, Moti Ram?

—No, señor, yo toco el tambor en mi casa a la hora de los rezos. Toco para que el Señor me perdone los pecados. Cada vez que lo golpeo se aligera un poco mi pesado karma.

Me quedé sin palabras. Le di a Moti Ram diez rupias (ocho por habernos traído y dos más como *propina*, como le dije bromeando) y, mientras se alejaba de la puerta y atravesaba el jardín en dirección a la cancela principal, me di cuenta de que jamás volvería a verlo. Él había sido un regalo, que nunca se repetiría, del expreso de Calcuta.

Incluso después de que el coche desapareciera la perra aún siguió ladrando. Cuando ya estábamos en la cama, parecía recordar algún agravio que le hubiéramos hecho y entonces soltaba un leve gemido y volvía a ladrarnos. ¿Quizás le habíamos hecho algún mal en una vida anterior? ¿Quién

podría contestar a eso? Cada suceso de la vida puede interpretarse según razones contradictorias. En la existencia nada ocurre porque sí. Y, sin embargo, no podemos olvidar el milagro del azar. Saber por qué yaces en este inestable charpai dentro de este húmedo edificio de lo que quizás sea la Casa de Huéspedes de la facultad Raj Ghat, pero que también podría ser, por expresarlo de alguna manera, un no-lugar en cualquier lugar, sería tanto como poder contestar a la pregunta: ¿quién hizo la cuerda con la que está anudado este charpai? ¿Y quién hizo los árboles de los que han salido las maderas de su armazón? ¿Y de dónde provienen éstos? ¿Y quién juntó las cuerdas y los hilos que se entretienen en él de la misma manera que Paul y yo estamos juntos en Benarés? Los acontecimientos son siempre únicos y sencillos. Los acontecimientos son acciones sin objeto.